

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

ALGUNAS REFLEXIONES EN EL ULTIMO DECENIO. RECAPITULACION DE LO OCURRIDO

Han caído en nuestras manos tres recortes de periódicos que merecen la reanudación de esta sección de Ilustraciones. Al referirnos a ellas, seguiremos el orden cronológico:

I. CONFESIONES DEL P. JEAN YVES CALVEZ, S. I.

En *EST-OUEST* de enero de 1993, Claudio Harnel reflexiona, en su artículo *Confessions d'un père jésuite ancien auxiliaire du communisme*. Comienza recordando:

«El Padre Jean-Yves Calvez, de la Compañía de Jesús (de la que fue Provincial en Francia) y de quien apenas se habla ahora, acaba de conceder una entrevista a *l'Humanité* (24 de noviembre de 1992). Bonita ocasión para recordar el nefasto papel que en provecho del comunismo y de los peores comunistas ha jugado un número ¡ay! considerable de cristianos.

»Seguramente que eran sinceros y bien intencionados, pero su inteligencia se había extraviado, sin duda por piedad (lo que es muy respetable, aunque la piedad no es siempre buena consejera) y, aún más, por el temor obsesivo y casi malsano de que se creyera que si se era católico se era de derechas. No se preocupaban de saber si, entre los valores defendidos por la derecha, no habría algunos de ellos que permitieran a las sociedades subsistir y hasta podemos decir, a los hombres ser humanos: el orden, el deber, la autoridad, la justicia, la Patria, la familia, algunos añadirían la religión. Todo lo que llevaba el sello de la derecha debía ser rechazado en bloque. Se debía ser de "izquierdas". Era el ambiente del día y lo que en este tiempo se llevaba. Ni siquiera se molestaban en discernir los más auténticos entre los valores que defiende la izquierda; los menos susceptibles de oposición. Por mor de una especie de vértigo intelectual y sentimental se asumía todo, incluso lo peor; hasta tal punto que,

durante un decenio y más, el comunismo stalinista fue honrado, idolatrado como si fuera el summus, el final y la síntesis de los valores de la izquierda».

En ese contexto sigue describiendo HARMEL:

«El PADRE CALVEZ quedará en la historia de las ideas como el que ha permitido al marxismo (y como consecuencia al comunismo) introducirse en el pensamiento católico. El año 1956 publicó un extenso tomo, *El pensamiento de Carlos Marx*, que, durante muchos años, fue el manual en el cual se iniciaron generaciones de estudiantes de ciencias políticas en el pensamiento de Marx. Ahora bien, el análisis del PADRE CALVEZ se basaba en un enorme contrasentido. Los textos que atrajeron su interés fueron los de la juventud de MARX (antes de que MARX fuese... marxista), publicados por primera vez en vísperas de la guerra. Es en esos textos donde MARX hablaba de la "alienación de la persona humana". El futuro autor de *El Capital*, aún no había elaborado su concepción materialista de la Historia y bullían en su cerebro flecos de un pensamiento idealista, o hasta espiritualista. Algo más tarde los rechazó; e incluso hay, en el *Manifiesto comunista* algunas líneas en las que hace burla de ello.

»Los comunistas se espantaron, al principio, de esta interpretación idealista o espiritualista del marxismo, temiendo alguna perfidia jesuítica dirigida a perturbar a la inteligentzia marxista. Pero rápidamente se dieron cuenta de que, lejos de apartar a los simpatizantes del marxismo-leninismo, los discursos sobre la alienación de la persona humana atraían a los cristianos hacia el comunismo.

»Puede ser que la intención original del PADRE CALVEZ haya sido decir a los comunistas que el padre de su doctrina era mucho menos materialista de lo que pensaban y quebrantar así sus convicciones: JAURÈS, anteriormente, había intentado una empresa similar cuando polemizaba con PAUL LAFARGUE sobre el materialismo y el idealismo en la concepción de la historia. Pero, si ese era el propósito, muy otro fue el resultado».

Sin embargo, HARMEL, medita:

«Las conversaciones que ha referido LA HUMANITÉ nos hacen dudar un poco acerca de la intención que le atribuimos. Son por lo menos desconcertantes por no decir aterradoras.

»Juzguen lo que sigue:

»«He compartido con FRANZ FANON, militante pro-argelino de los años 60 y autor de *Malditos de la Tierra* la idea de una posible regeneración de las civilizaciones pasadas, vencidas por la mezquindad y el interés personal, por el tercer mundo en tanto que humanidad virgen y fresca. Es decir solidaria y abierta al prójimo».

»Creemos estar soñando.

»Ciertamente no ha sido el primero (ni el único) en delirar de esta manera. Después de todo, los cristianos del siglo III contaban con los "bárbaros" llegados de la otra orilla del Rin para regenerar la sociedad Romana. Ya se sabe el resultado que esto iba a dar. A partir del siglo XVI, y particularmente en el XVIII, se extendió la creencia en el "buen salvaje", en el hombre que es bueno cuando sale de las manos de la Naturaleza y que la Civilización ha pervertido. En el siglo XIX se verá al anarquista COBURDEROY profetizar la regeneración de Occidente por los cosacos, mientras que uno de los padres de la ideología racista VACHER DE LAPOUCE ponía sus esperanzas de renovar la sociedad europea en los bereberes de Africa del Norte "la última reserva de los bárbaros blancos". La regeneración por los bárbaros de los pueblos que la civilización ha llevado de decadencias morales o decadencias físicas, formaba parte de las ideas entonces corrientes, y si hoy ha perdido presencia y fuerza es porque ha sufrido la concurrencia de otra convicción de la misma naturaleza, la regeneración social, no por los bárbaros del exterior, sino por los del interior: ¡los proletarios!

»El proletario ha sido el sustituto del buen salvaje. Según una expresión jocosa y profunda de ANDRÉ PHILIP, se puso de moda "la inmaculada concepción del proletariado". Detrás vino, como se ve, el turno del tercer mundo...

»Verdaderamente, es el momento de recordar a los católicos —comprendidos los Padres jesuitas— que desde la falta de Adán, el hombre está marcado por el pecado original, y que le llega el turno de hacer el mal; la sociedad no es forzosamente su causa».

II. UN DECENIO EN LA VIDA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA.

En la despedida del Cardenal Arzobispo de Madrid, DR. ANGEL SUQUÍA, de su Presidencia de la Conferencia Episcopal, ABC del 16 de fe-

brero de 1993, publicó en su tercera plana el artículo de éste, La década de los ochenta (80-92): Un decenio en la vida de la Iglesia.

El Cardenal Suuñía advierte:

«Es razonable pensar que en 1982 se clausura un período y se abre otro nuevo. Se clausura el período de la transición política, en el que la Iglesia había jugado un papel importante, como factor de estabilidad y de sereno equilibrio. Se clausura también el período del inmediato posconcilio, con sus luces y sombras, y con sus perplejidades y vaivenes en la interpretación de la fe y de la vida de la Iglesia. Y se clausura, silenciosamente, el período marcado por aquella "revolución del 68", que había sembrado el mundo de ideales ambiguos, tras los que se enmascaraba con frecuencia el más pragmático nihilismo».

Al aludir al Concilio, contrapone:

«Los sectores y grupos que recibieron el Concilio con desconfianza, y lo contraponían a "la Tradición", no conocían bien la Tradición católica. Porque "la Tradición" era el Concilio, y lo que se llamaba tradición y se contraponía al Concilio eran con frecuencia posiciones modernas, expresión de un catolicismo decadente, más inspiradas en ideologías políticas que en las fuentes de la fe de la Iglesia.

»Pero no estaban más cerca de la Tradición de la Iglesia aquellos para quienes el Concilio significó casi sólo una luz verde para toda clase de experimentos con la fe y la vida cristiana. Como si la fe en Jesucristo fuese una obra humana, que los hombres podemos hacer y deshacer al hilo de las "exigencias" de los tiempos. Entendido el Concilio en esta clave, la riqueza inmensa de su magisterio tenía necesariamente que desvirtuarse o perderse. La necesaria "apertura" al mundo sería entendida como disolución de la fe y de la vida cristiana en las corrientes de la historia. Y la renovación de la Iglesia tendría su punto de mira menos en la identidad cristiana original que en el aplauso del mundo, un mundo cada vez más distante de su matriz cristiana».

Aquí enfoca el inicio de esta década:

«En torno al comienzo de los ochenta se abre un período nuevo, con características propias en la Iglesia y en el mundo.

Por una parte, se empieza a poner de manifiesto el fracaso de las ideologías que habían ocultado, durante la mayor parte del siglo, el vacío abierto en las mentes y en los corazones con el abandono de la fe cristiana, y de toda fe, en Dios como en el hombre. El marxismo, salvo para algunos occidentales interesados o desinformados, era ya un cadáver cultural al comienzo de la década: el telón de acero había perdido toda credibilidad como protección del Paraíso mucho antes de ser derribado físicamente.

»En Occidente, entretanto, la descristianización, no sólo de algunas élites, sino del pueblo muestra su verdadero rostro. Por primera vez, en Europa y América, surge una cultura cuyos ideales ya no tienen ninguna referencia religiosa, y por tanto, tampoco verdaderamente humana. Nace el hombre fragmentario, "fugitivo de sí mismo" y de la realidad, atiborrado de bienes de este mundo, pero triste, desesperado y violento. Comienza la macabra y vertiginosa expansión del sida y de la droga que van parejas a la difusión del crimen del aborto, y a una degradación constante del valor de la vida humana. Los poderes políticos no parecen tener energías para afrontar estos problemas en profundidad, porque eso supondría hablar de un bien y un mal verdadero. Las mismas democracias tienden a vaciarse de los valores que las legitiman y en la misma medida se hacen progresivamente incapaces de contener las sucesivas oleadas de corrupción y de violencia que las minan por dentro, y de afrontar eficazmente los problemas humanos, como muestran de forma patética los horrores de Bosnia-Herzegovina. El caso del socialismo, europeo y español, se inserta de lleno en este marco.

Hoy, sigue el artículo:

«El reto es saber si los cristianos como pueblo vivimos esa vida de tal modo que en este mundo, más roto que verdaderamente plural, estamos en condiciones de representar un nuevo contienzo, de generar una Humanidad nueva.

»La Conferencia Episcopal Española, en esta década, ha tratado de responder a estos retos. Ha luchado por sostener la identidad de la Iglesia, frente a tendencias —de fuera y de dentro— que quisieran verla disolverse en una cultura que a su vez está en pleno proceso de disolución. Ha aceptado lealmente que no coincide con la sociedad pero ha constatado también que su diálogo con el hombre real, de carne y hueso, no es difícil.

Se hace difícil cuando los poderes públicos se convierten en una religión, y quieren "orientar" los principios morales y el comportamiento social. La Conferencia Episcopal ha denunciado la corrupción, cuando casi nadie se atrevía a hablar de ella, y ha indicado, a creyentes y no creyentes, caminos para salir de ella. Sobre todo, ha anunciado a Jesucristo, "Camino, Verdad y Vida" de los hombres. Ha tenido que defender, y no siempre con éxito, el principio fundamental de la libertad religiosa, en el campo de la educación como en otros campos.

»La Conferencia Episcopal Española ha tenido, en este periodo, dos presidentes. Distintos, obviamente, por su temperamento y su modo de hacer las cosas. Pero acaso fuera bueno recordar que el primer gran texto de la Conferencia que puso el dedo en la llaga de algunos puntos a los que acabo de referirme, *Católicos en la vida pública* (22-IV-86), proviene del mandato anterior. La independencia del poder judicial —decíamos ya entonces, por ejemplo— se ve amenazada con graves riesgos para la libertad real de la sociedad y de los ciudadanos. Y que la mayoría de los documentos de la Conferencia en estos últimos años —pienso sobre todo en *La Verdad os hará libres* (20-XI-90), pero no sólo en él— han sido aprobados por una práctica unanimidad».

Es humano y, por consiguiente natural, que el Cardenal SUQUÍA, no hablé, y tal vez ni siquiera vea, el tanto de culpa y, por tanto, la responsabilidad, que por la situación denunciada por él, corresponda a la Conferencia Episcopal Española desde su Constitución en el Postconcilio, y, con ella, en general, a toda la Iglesia española.

III. LA SOCIEDAD ES MÁS CORRUPTA AHORA QUE HACE DIEZ AÑOS CON EL AGRAVANTE DE QUE NO ABUNDAN LAS INSTANCIAS SOCIALES Y PÚBLICAS DISPUESTAS A CORREGIRLO.

Es sabido que en general los medios de comunicación de masas interpretaron la elección de Monseñor ELÍAS YANES como un cambio de rumbo en la Conferencia Episcopal Española y en contra del Nuncio MONSEÑOR TAGLIAFERRI y de las actuales orientaciones de S. S. JUAN PABLO II. Sin embargo, esto queda claramente desmentido en la entrevista que concedió el nuevo Presidente a ISABEL SAN SEBASTIÁN y publicó ABC del 21 de febrero de 1993. De ella recortamos algunas preguntas con sus respectivas respuestas:

«— ¿Se considera usted un hombre y un obispo progresista?

»— Ese término, aplicado al terreno de la vida de la Iglesia, me parece inadecuado y no le encuentro ningún sentido. Si hablamos en general, todo depende de lo que uno crea que debe ser la dimensión del hombre. Por supuesto, si nos referimos al progreso de la ciencia o de la medicina, todos somos progresistas; pero para mí ser progresista significa, entre otras cosas, querer que haya una legislación que prohíba el aborto.

»— ¿Cómo definiría el progresismo?

»— Como decía Ortega y Gasset, es un término que se mueve dentro de una filosofía de la Historia que es errónea, porque considera que toda época posterior es necesariamente mejor que la anterior, lo cual es muy discutible.

»— ¿Hasta qué punto son ciertos los comentarios según los cuales algunos de nuestros obispos están molestos por la actitud excesivamente intervencionista del Nuncio, monseñor Tagliaferri?

»— El Nuncio, que yo sepa, no tiene ningún tipo de intervención en la Conferencia; no percibo esa conducta y no me consta que se produzcan comentarios como los que me menciona.

»— ¿Cómo piensa plantear la batalla para recuperar el terreno perdido en materia de educación que, si no estoy mal informada, es uno de los que más preocupa a la Iglesia en estos momentos?

»— En efecto, hay quienes se empeñan en asegurar que el conflicto existente con el Estado se ciñe a las relaciones económicas y eso es falso. Ciertamente hay un conflicto económico, pero es mucho más importante para nosotros, y mucho más apremiante, todo lo que tiene que ver con la educación. Ahí hay muchos problemas sin resolver y otros que se han resuelto con una imposición unilateral del Estado, lo que equivale a un fracaso del diálogo.

«— Me parece que hay mucha gente que se ha alejado de la práctica religiosa, que no de la fe, en razón de la actitud inamovible de la Iglesia en cuestiones tan polémicas como el divorcio o los anticonceptivos. ¿No está dispuesta la Iglesia a cambiar para recuperar "clientela"?

»— Es que eso toca a puntos fundamentales de la moral cristiana y la Iglesia traicionaría el mensaje evangélico si en esas cuestiones adoptara una actitud de acomodación a la sociedad de consumo. Sabemos que esto es incómodo pero tenemos

que recordar porque está en el Evangelio, que la Iglesia debe ir avanzando entre persecuciones y seducciones.

»— ¿Son, a su juicio, más corruptas la sociedad y la política en la España actual, de lo que eran hace diez o veinte años?

»— Yo tengo la impresión de que sí. A mi parecer, en los últimos treinta años en la sociedad española han crecido la sensibilidad, social, y eso es un progreso, mientras que en lo que se refiere a moral individual y familiar los criterios morales han descendido en la estimación de las gentes.

»— La Iglesia no debe nunca señalar el pecado de los hombres como si ella estuviese libre de pecado. El predicador cristiano debe ser consciente que esa predicación que dirige al prójimo se la debe dirigir ante todo a sí mismo».

«— ¿Es usted contrario a la pena de muerte en cualquier circunstancia?

»— Yo, personalmente, sí y la Iglesia Católica, en su nuevo Catecismo, dice claramente que cuando sea suficiente para defender a la sociedad recurrir a medios incruentos, no se debe recurrir a la pena de muerte.

»— No es una condena tan tajante como la del aborto...

»— Estamos en una situación muy distinta, porque el recién nacido no es un criminal. La pena de muerte, cuando se ha justificado, se ha hecho como una defensa de la vida de los ciudadanos; como una legítima defensa de la sociedad. Pero, ciertamente, la línea de la Iglesia va encaminada a que se vaya suprimiendo».